

La Tercera Vez que El Señor Jesús Se Manifestó a Sus Discípulos

Un sermón sobre Juan 21:14

Por Rev. G. Van Reenen (sermón 232b)

Lectura Bíblica: Juan 21

Salterio 325:1-4

362:1, 2, 3

111:1, 2

381:3, 4

Queridos amigos, vamos a meditar en las palabras del capítulo que hemos leído, Juan 21, y especialmente versículo 14, donde se lee la palabra de Dios y nuestro texto: *“Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos”*.

Introducción

Leemos ya en Génesis la promesa fiel de Dios: *“Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche”* (Gén. 8:22). He aquí, queridos amigos, los pensamientos amorosos que Noé escuchó como respuesta al sacrificio que él recién había ofrecido. ¡Cuán fielmente Dios ha cumplido esta promesa hasta el día de hoy! ¿Hacía calor durante el verano? Por supuesto que sí. ¿Hacía frío durante el invierno pasado? Claro, otra vez llegó el verano. Después de cada noche oscura viene otro día agradable, así cumpliendo la palabra de Dios.

A pesar de la fidelidad de Dios, pareciera que muchas veces el hombre no cree que se cumpla esta promesa. Cuando viene una época de sequía, el hombre se pone a preocuparse que ya no llueva más; y por otro lado, después de una larga época de lluvia, el hombre se preocupa que no deje de llover. ¿No es así también cuando se pone frío durante la primavera: nos parece como si el verano nunca llegara. ¿Por qué tenemos tanto miedo, y por qué somos tan incrédulos, amigos? El Señor ha ordenado que las estaciones no cesaran, y que siempre haya día y noche. Tal vez ustedes me dicen: “Pues tememos miedo de que venga una escasez provocada por una sequía”. Queridos amigos, ¿ha sido infiel el Señor alguna vez durante los últimos seis mil años? ¿Alguna vez el Señor ha dejado por completo a Su creación? Ya

sabrán la respuesta: aún después de épocas de sequía, el Señor siempre se ha mostrado fiel a Su promesa.

¿Por qué se preocupan tanto, entonces?

Se encuentra mucha preocupación también en la vida de la gracia. Hijo de Dios entre nosotros, seguramente has experimentado que después de largas noches espirituales han llegado días de gozo cuando el Señor se manifestó a tu alma otra vez, ¿no es cierto? También para el alma renovada hay la primavera, el verano, el otoño, y hasta el invierno, y también se experimenta que en la vida espiritual hay la tarde, la noche, la mañana, y hasta el mediodía. Sin embargo, muchas veces no recordamos este hecho. Si el hijo de Dios experimenta algo de luz, comienza a esperar que nunca más haya las tinieblas; y por otro lado, si el hijo de Dios experimenta algo de tinieblas, se pone a temer que nunca más haya la luz, y que se quede la noche para siempre.

No obstante, ¡no hay cosa que sea más lejos de la verdad! En la buena voluntad de Dios, y según Su sabiduría, Sus hijos pasan una vida de altibajos, y también para ellos “no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche” hasta que lleguen a la eterna ciudad de luz, la nueva Jerusalén, de la cual Dios ha dicho: “*No habrá allí más noche*” (Ap. 22:5).

Mientras meditamos en nuestro texto, queremos señalar los cuatro periodos de la vida espiritual que experimentan los hijos de Dios. Escribiremos sobre nuestro texto las siguientes palabras:

La Tercera Vez que el Señor Jesús Se Manifestó a Sus Discípulos

Al considerar este tema, vamos a considerar cuatro puntos principales:

- 1. Una noche oscura;**
- 2. Una noche difícil;**
- 3. Una mañana sorprendente;**
- 4. Un día gozoso.**

Que el Señor nos otorgue Su Espíritu mientras consideramos esta historia, para que todo sea a Su honor y a la salvación de pecadores.

Queridos amigos, cuando leemos la conclusión de Juan capítulo 20, es como si el apóstol Juan quisiera señalar el fin de su Evangelio, pues leemos los versículos 30 y 31 de aquel capítulo: *“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”*. Sin embargo, en cambio de dejar su pluma ahí, Juan fue inspirado por el Espíritu Santo a seguir escribiendo, y así es que tenemos la maravillosa revelación de Jesús a Sus discípulos, la cual Juan denomina la “tercera vez”.

En los primeros versículos del capítulo 21 del Evangelio de Juan, el Espíritu nos lleva a la compañía de siete de los discípulos que se habían reunidos junto al mar de Tiberias. Estos siete discípulos eran muy diferentes en cuanto a sus disposiciones y sus características. Sin embargo, se conllevan muy bien entre sí. Permítanme presentar estos siete discípulos muy brevemente.

En primer lugar, hay Simón Pedro, el discípulo muy impulsivo. Pedro era hombre de muchas palabras; siempre estaba listo con una respuesta, como hemos visto al estudiar los Evangelios.

En segundo lugar hay Tomás, el discípulo incrédulo. Esto no quiere decir que Tomás no haya sido *creyente*; ¡de ninguna manera! Le costó a Tomás creer que el Señor Jesús Cristo había resucitado, pues su carácter era más dudoso, y no pudo basarse en un “tal vez”. Sin embargo, ¡ojalá hubiera miles de este Tomás en nuestra tierra, para que tantos no fueran engañados por una eternidad sin fin! Con esto quiero decir que por más que Tomás haya sido dudoso, era hijo de Dios y salvo para la eternidad.

En tercer lugar vemos a Natanael el justo, de quien Jesús había dicho: *“He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño”* (Juan 1.47). Es necesario que haya uno así dentro de una compañía de los hijos de Dios, para que no haya la hipocresía.

En cuarto y quinto lugar hay Juan y Jacobo los hijos de Zebedeo, a quienes se les llaman “*Hijos del trueno*” (Marcos 3:17). También es necesario que haya tales personas dentro del grupo, pues con su celo espiritual ellos aseguran que las cosas de Dios no se tomen ligeramente.

En sexto y séptimo lugar hay dos discípulos que *no se nombran*. De hecho, hay muchos de los discípulos de Jesús que son así: sin nombre; no son ni Pedro ni Juan, ni Marta ni María. Pregunta a tal persona: “¿Cuál es tu nombre?”, y no nos pueden dar una respuesta. No saben cómo llamarse; saben que pertenecen más a este mundo, pero no se atreven a llamarse hijos de Dios. ¿Eres tú una de estas personas “sin nombre”? Es un consuelo para los hijos de Dios al ver que incluso en este grupo de discípulos a quienes se manifestó Jesús, también había los “sin nombre”. Nuestro capítulo simplemente dice que había “*otros dos de sus discípulos*”.

Ahora bien, Jesús se manifestó a estos siete discípulos, y la historia de esta revelación es muy instructiva para todos nosotros. Les ruego escuchar bien para ver si *ustedes* tienen algún conocimiento de lo que experimentaron estos discípulos.

PRIMER PENSAMIENTO

En nuestro primer pensamiento veremos **una noche oscura**. De hecho, estos siete discípulos experimentaron una noche bien oscura. No es que los discípulos no hayan estado en armonía; al contrario, se comprendieron los unos a los otros muy bien. No era necesario que el uno hablara de las fallas del otro, como suele pasar tantas veces. Sin embargo, podemos imaginar que la conversación de los discípulos no fluyó tan fácilmente aquella noche. ¿Por qué?

Les faltaba Uno de ellos. No había Jesús, Quien era su único deseo y su única esperanza. Y, ¿qué sentido tiene un grupo de seguidores de Jesús cuando Él Mismo no está entre ellos? Este querido Jesús no puede ser reemplazado por nada ni nadie. ¿No es Él que los salva? Donde Él está, siempre lleva consigo todo lo que es necesario para la edificación, la luz, la libertad, la vida, la fe, y el amor de Su pueblo. ¿Cómo sería el cielo mismo sin la presencia de Jesús?

Podemos estar seguros de que los discípulos sintieron mucho la ausencia de Jesús entre ellos. Oh, hoy en día no se oye esto tanto, pero entre estos siete discípulos, fue una causa de mucha angustia. Cuando se ponen a reflexionar sobre aquellas noches justo antes de que Jesús hubiera muerto, piensan en la gran bendición que habían experimentado. También se ponen a meditar en los muchos milagros que Jesús había hecho, así dando la vista a un ciego, e incluso resucitando a los muertos. Más que todo los discípulos extrañaron aquellas palabras amorosas de Jesús, cuando Jesús les había dado tanta instrucción con palabras del perfecto amor. Los discípulos habían esperado que Jesús se volviera a ellos; esperaban y seguían esperando, pero les parece que están esperando en vano, pues no viene Jesús. Por eso podemos decir que para estos discípulos ya fue una *noche muy oscura* sin la presencia de Su amado Jesús.

Hijo de Dios, ¿no escuchas tu condición descrita aquí de una manera notable? Sólo piensen en aquellos momentos del “primer amor”, cuando recién conoció al Señor, y cuando su vida de servirle y hacer todo a Su honor nació de un deseo ardiente. En aquellos días tú andabas con Jesús todos los días, y ¡cuán dulces fueron esos días para ti! En los días cuando el Señor recién te había convertido, no te atrevías a hacer nada sin primeramente pedirle permiso a Él. ¿Te acuerdas de los hermosos momentos en los que te arrodillabas en secreto para hablar con el Señor acerca de cada detalle de tu vida? Cuando te acostabas, te ponías a meditar en Él, y el Señor estaba tan cerca a tu alma. ¡Cuánto era tu deseo expresarle su amor hacia Él! En aquellos días, ¡cuán doloroso te fue cuando de vez en cuando no pudiste encontrarlo, y cuando no oíste Su voz como respuesta a tus oraciones! Pero cuando de pronto el Señor apareció para ti una vez más, ¡qué gozo experimentaste! De hecho, aquellos fueron el tiempo del “día” en el sentido más pleno de la palabra.

Hijo de Dios, ¿cómo es el caso tuyo ahora? En el principio, los momentos cuando no pudiste experimentar la presencia del Señor fueron raros. Sin embargo, el viejo hombre comenzó a levantar su cabeza de nuevo, y te diste cuenta de la fuente del pecado y lascivia que sigue viviendo en tu corazón. ¿Y ahora? Oh, para ti también el día se ha convertido en la noche, y tal como los discípulos, tú también estás esperando que Jesús vuelva. Es más, muchas veces piensas que esperas en vano, ¿no es cierto? Tal vez tú

te preguntas: “¿Será que yo realmente conocí a Jesús, o solamente he tenido una mirada de Él desde lejos?” La respuesta a tu pregunta debe manifestarse más adelante en nuestro mensaje.

Ahora vamos a fijarnos en la decisión que toman los discípulos, y qué se manifiesta en esta decisión. Leemos en versículo 3 que Simón Pedro dice: “*Voy a pescar*”, y que “*Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo*”. Por supuesto es Pedro, el discípulo tan impulsivo, que toma la iniciativa. ¡Cuánto nos demuestra que cada discípulo de Dios tiene su propio carácter, y que en su gran parte retiene este carácter aun después de haber recibido la gracia! De todos modos, los demás discípulos están completamente de acuerdo con Pedro, y de a uno se toma la decisión de ir a pescar. Esta decisión nos muestra tres cosas:

En primer lugar, nos muestra que los discípulos tenían hambre. Antes Jesús había cuidado de ellos, incluso para sus necesidades más básicas, pero ahora no había comida, y no había personas como Marta que antes se había ocupado de proveer comida para el grupo. Entonces, como el hambre es como una espada afilada, los discípulos deciden tomar las cosas en sus propias manos, y se van a pescar.

En segundo lugar, la decisión de los discípulos muestra que se habían cansado de esperar a Jesús. Habían pasado muchas horas, y no ven ni oyen nada de Su amado Jesús. Por fin la decepción entra en sus corazones, y se ponen a pensar que nunca va a cumplirse esa promesa de Jesús, cuando les había prometido que les haría pescadores de hombres (Mt. 4.19). Por lo tanto, el desánimo y la desilusión crecen en sus corazones, y al escuchar que unos de sus compañeros dice que va a pescar, como era su trabajo antes de haber sido llamado como discípulos, todos están de acuerdo. ¡Cuánto el desánimo espiritual puede contagiarse en medio de un grupo!

Por último, esta decisión de los discípulos nos muestra que estos siete hombres eran diligentes. Bien sabían estos discípulos las enseñanzas bíblicas, que nos dicen que “*el sueño hará vestir vestidos rotos*” (Prov. 23.21) y que “*Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma*” (2 Tes. 3:10). Y como no querían mendigar, ellos toman la decisión de ir a pescar.

Amigos, esta decisión de los discípulos nos enseña mucho sobre la vida espiritual. Hijo de Dios, ¿no has tomado decisiones similares cuando llegó la noche para ti? Así puedes aprender que todo lo que has

recibido de Dios hasta ahora ha fluido desde una “vista” de Jesús, y *no* de una “posesión” de Él. Entonces el hijo de Dios comienza a intentar librarse con sus propios medios cuando pierde la vista de Dios. Cuando Dios se esconde de ti, tú te pones inquieto y comienzas a obrar por ti mismo, en cambio de obedecer lo que Dios te enseña en Isaías 50:10: *“El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios”*. Sin embargo, ¿cuál será el resultado de tomar las cosas en tus propias manos? Veremos esto en nuestro segundo pensamiento, **una noche difícil**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Miremos a estos siete discípulos que ya se han ido a pescar en el mar de Tiberias. Trabajan con mucha diligencia, y como siempre los pescadores trabajan de noche, de la misma manera estos discípulos lanzan su barca durante la noche oscura. Una y otra vez echaron sus redes, y cada vez con el mismo resultado: no pescaron nada. ¿Acaso no habían pescado mucho en estos mismos lugares del mar durante los años pasados? Sí, ellos hicieron el trabajo de la mejor manera posible, pero todo fue en vano. Parece que al final toman la decisión de volver a la tierra, pues leemos que *“aquella noche no pescaron nada”*.

¡Qué imagen más clara tenemos aquí de los hijos de Dios! El pueblo de Dios es siempre un pueblo “pescador” en cierto sentido, e incluso en la Biblia se refiere a los hijos de Dios como pescadores. Sólo leemos Ezequiel 47:9 y 10: *“Y toda alma viviente que nadare por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá; y habrá muchísimos peces por haber entrado allá estas aguas, y recibirán sanidad; y vivirá todo lo que entrare en el río. Y junto a él estarán los pescadores, y desde En-gadi hasta En-eglaïm será su tendedero de reces, y por sus especies serán los peces tan numerosos como los peces del Mar Grande”*.

Tal vez ustedes me preguntan: ¿Pero dónde echan sus redes los hijos de Dios? Oh, el hijo de Dios “pesca” con mucho gozo en la casa de Dios; también “echan sus redes” en su aposento de oración; además “echan sus redes” al leer la Biblia y buenos libros religiosos, o al juntarse con otros hijos de Dios para compartir sobre los caminos del Señor. Ellos aprenden a pescar junto a todas las aguas, y muchas

veces “pescan” muchas cosas espirituales. A veces “pescan” un corazón contrito; otra vez reciben un versículo o una palabra que los refresca en su vida espiritual; otras veces reciben una oración dada por Dios. Y, ¡cuán dulce y agradable es esta vida de “pescar” así!”

Sin embargo, si Dios verdaderamente está obrando en el corazón, llegará el tiempo cuando el hijo de Dios experimentará el mismo que leemos de los discípulos: no pescará nada. Esto será una experiencia muy amarga, pues por más que se ponga a pescar en las mismas “aguas” donde había pescado antes, el hijo de Dios no pescará ningún pez. ¿Es así en tu vida, hijo de Dios entre nosotros? Te acuerdas de momentos cuando el pastor predicó justo de lo que sucedía en tu corazón, pero ahora tienes que salir de cada culto sin recibir nada para tu alma. Si bien antes has podido experimentar mucha libertad en tus oraciones, y te gozabas en escrudiñar la palabra de Dios y buenos libros, ahora recibes *nada* cuando haces las mismas cosas. Para ti, es como si ya no existieran más peces. Es más, lo que el hijo de Dios sí “pesca” en momentos así es un corazón condenado, una mente afligida, una consciencia acusadora, una ley condenadora, un Juez airado, y un cielo cerrado.

¿Conoces una noche oscura tal como te describimos, hijo de Dios? ¿Has experimentado una noche en la cual te hundes más y más en la miseria al darte cuenta de que todos tus esfuerzos no resultan en nada? Oh, ¡cuán difícil son aquellas noches, pero cuán *necesarias* son estas noches en la vida espiritual! ¿Por qué es necesaria una noche tan oscura para el hijo de Dios? Oh amigos, es necesario que aprendamos que todo lo que hacemos nosotros no es nada. Dios permite que Su hijo intente obrar su propia salvación, justo para que se dé cuenta de que *“Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”* (Is. 64:6).

No obstante, el Señor nunca dejará jamás a Su pueblo verdadero en la noche oscura. Por más oscuras que puedan ser las sendas de Dios para ti, hijo de Dios, tenemos la promesa de Dios: *“Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación”* (Malaquías 4:2). Veremos la verdad de esto cuando consideramos nuestro tercer pensamiento: **una mañana sorprendente.**

TERCER PENSAMIENTO

¿Cuáles son las primeras palabras que oyen los discípulos al volver a la playa? “*Hijitos, ¿tenéis algo que comer?*” Es como si una persona desconocida les diera la oportunidad de desahogarse con todas sus dificultades, al presentarles esta pregunta atrayente. Y tenemos que decir que así hace el Señor con todos los Suyos; siempre el propósito del Señor es que Su pueblo vaya a Él con todas sus necesidades y angustias. ¡Cuán dulce es para el hijo de Dios oír las palabras del Señor: “*Paloma mía, que estás en la agujeras de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto*” (Cantares 2:14). Oh hijo de Dios, aunque el Señor no necesita nuestras oraciones, ¡cuánto Le agrada escucharlas! No es que puedas llevar algo a Él por ti mismo, pues el Señor sabe antes de que ores cuáles son tus miserias, tus necesidades, y tus culpas, y Él sabe perfectamente que sin Él, tú morirías de hambre espiritual.

Entonces, ¿por qué Le es tan agradable al Señor oír las oraciones de Su pueblo? Leamos la pregunta y la respuesta 116 de nuestro Catecismo de Heidelberg: “*¿Por qué es necesaria la oración a los cristianos? Porque es el punto principal de nuestro agradecimiento que Dios pide de nosotros...*” De esta manera, él que necesita más y lo pide al Señor demuestra más gratitud. Esto no tiene que ver con los que siempre oran “Gracias por esto, gracias por aquello”; ¡no! Al contrario, la oración que manifiesta la gran necesidad de recibir todo de Dios es lo que Le agrada, y así se demuestra la gratitud verdadera.

Fijémonos ahora en la respuesta muy breve que dan los discípulos a la pregunta. “*Le respondieron: No*”. Queridos amigos, ¿no les parece algo brusco esta respuesta corta a una pregunta tan amable? Seguramente a los discípulos les molestaba el hecho de que no habían pescado nada, y ahora era como si esta persona “desconocida” les estuviera recordándoles de su falta. Con su respuesta, ellos tienen que manifestar su pobreza, y aún a una persona que no conocieron.

¿Cómo es que no lo conocieron a Jesús? Oh amigos, aquí la Biblia nos enseña tan claramente que es posible tener una relación con Jesús sin darse cuenta de lo mismo. Sólo pensemos en los dos viajeros a Emaús, que charlaban con Jesús durante todo su viaje, e incluso ardieron sus corazones cuando Él hablaba

con ellos, pero ¡no Lo reconocieron! ¡Cuántos son los hijos de Dios que han escuchado Su voz en Su palabra, y que incluso se han desahogado ante Él, pero aún temen que Jesús nunca les haya hablado!

Volviendo a la respuesta de los discípulos a la pregunta de Jesús, aquí nos enseña que Dios no espera nuestras expresiones elocuentes, ni tampoco quiere escuchar cuán ricos somos; al contrario, Él quiere escucharnos decirle cuán *pobres* somos sin Él. No son necesarias muchas palabras para decirle esto, amigos. Si no sabemos orar, tan sólo tenemos que decírselo: “Señor, enséname a orar”. Los discípulos mostraron toda su pobreza con la palabra “no”; sin el *Pan de la vida*, ellos no tenían que comer.

Luego vemos las instrucciones que Jesús les da a Sus queridos discípulos: “*Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis*”. Oh, ¡cómo esto fue en contra de todo el conocimiento que poseían los discípulos! ¿Acaso hará resultados diferentes sólo al echar la red por el otro lado de la misma pequeña barca? Amigos, ¿no es así que nuestra mente y nuestra “sabiduría” siempre se protesta en contra de las doctrinas de la gracia libre y soberana? ¡Cuánto se rebela nuestro entendimiento humano contra las doctrinas de la elección soberana, y contra las verdades que nos enseñan que Dios determinó desde la eternidad quiénes serían salvos y quiénes no lo serían! ¡Cuántas protestas se han levantado de los hombres en contra de la doctrina de la justificación por la fe! No podemos ni comenzar a expresar todas las protestas y rebeliones que surgen en el corazón del hombre en contra de un Dios justo y soberano.

Sin embargo, hay una diferencia muy importante que se enseña por el hecho de que los discípulos tenían que echar sus redes por el otro lado de la barca. Hijo de Dios, hasta ahora siempre has pescado con un pacto de obras que se ha roto, así buscando algo en ti mismo. Es necesario echar tus redes por la fe, y en el pacto de la gracia. Es necesario “pescar” por medio de la obra perfecta y completa de Jesucristo, dependiendo de Él para todo, y cuando por la gracia aprendas a hacerlo, es seguro que “*hallaréis*”. Sí, me atrevo a prometértelo esta mañana, porque Dios nos lo dice en Su palabra.

Es importante resaltar el hecho de que Cristo no sólo les dijo a Sus discípulos qué hacer, sino que también se lo dijo *con autoridad*. Los mandó echar sus redes por el otro lado de la barca. Cuando Jesús realmente habla a Sus hijos, ellos reconocen la autoridad, y aunque puede ser que no entiendan, obedecen.

Los discípulos no sabían que era Jesús que les hablaba, pero oyeron la voz de autoridad, y sin decir nada, ellos echan sus redes por el otro lado de la barca. Y ahora veremos el resultado de su obediencia.

“Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces”. ¡Había ciento cincuenta y tres peces en la red! Oh amigos, ¿no es así también con los que “pescan” espiritualmente? Cuando el alma recibe la gracia para confiar en Jesús y Su obra completa para *todo*, así recibe todo lo que necesitaba y buscaba. Hijo de Dios, tú encontrarás el derecho de la vida eterna solamente en la obra cumplida de Jesús. Sólo en Él recibirás un corazón contrito, un corazón agradecido, y una alabanza para ofrecerle. Sí, ahí mismo encontrarás a *Jesús Mismo*. Así pasó con los discípulos; el discípulo a quien Jesús amaba le dijo a Pedro: *“¡Es el Señor!”*

Como podemos leer en versículo cuatro de nuestro capítulo, *“ya iba amaneciendo”* cuando todo esto ocurrió entre Jesús y los discípulos. La oscuridad de la noche había sido reemplazada con la claridad del día; el sol ya se había amanecido. Y así es en la vida de la gracia; cuando el alma encuentra a Jesús, toda la oscuridad espiritual desaparece, porque Jesús *es* la Luz, y Él *es* el “Sol de la justicia”. Como vamos a ver en nuestro último pensamiento, después de este maravilloso amanecer viene **un día gozoso**. En la naturaleza, a veces los días más claros siguen las noches más oscuras, y así es también en la vida espiritual. Antes de terminar con este pensamiento, vamos a cantar del **Salterio 111, las estrofas 1 y 2**.

CUARTO PENSAMIENTO

Cuando los discípulos llegaron a la playa, vieron una comida entera: *“Vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan”*. Oh queridos amigos, aquí está la prueba de que Jesús es Él que da *todo*, y que Él no necesita nada de lo que nosotros intentamos llevarle. Jesús no necesita la comida que los discípulos habían llevado, porque Él les había preparado una comida completa y abundante. Oh, otra vez, ¿no es así en la vida de la gracia? Cuando el Señor Jesús se revela a Sus hijos, ya pueden ver algo de aquella abundancia que hay en el Dios Trino para Su pueblo tan miserable y hambriento en sí mismo. Es entonces

que el pueblo de Dios ve algo de cómo Jesús Mismo fue preparado por el Padre para así proveer la comida espiritual para Su pueblo, y cómo esta comida fue puesta en las “brasas” de la ira de Dios.

Al mostrarles que todo ya estaba preparado, Jesús les dice a los discípulos: “*Traed de los peces que acabáis de pescar*”. No era que Jesús necesitara lo que Le habían traído los discípulos; ¡de ninguna manera! Dios no necesita ni quiere ninguna ofrenda nuestra en la obra de la salvación; escuchemos lo que Él nos dice en Salmos 50:12: “*Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti*”. Sin embargo, ya que los discípulos se han dado cuenta de que todo fue provisto por Jesús, Él quiere que ellos Le traigan las muestras de su amor por Él y su gratitud que Le deben. El Salmista lo dice así: “*Te alabaré para siempre, porque lo has hecho así*” (Sal. 52:9).

Ahora escuchemos la invitación amorosa que extiende Jesús: “*Venid, comed*”. Oh amigos, ¿alguna vez hemos escuchado *nosotros* esta invitación? Al malo Jesús dice: “*Apartaos de mí*”, pero a los Suyos Jesús invita con amor. La brecha que existe entre Jesús y los malos se hace más grande, y en la hora de su muerte, cuando sean juzgados, escucharán aquellas palabras terribles: “*Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*” (Mt. 25:41). Por otro lado, la distancia entre Jesús y Sus queridos hijos se hace más pequeña, y por fin escucharán esta bendita invitación: “*Venid, comed*”. ¡Qué invitación más alentadora para los discípulos!

Jesús sigue invitando a los Suyos a la comida preparada por ellos; envía a los pastores y todos los obreros en Su reino para que ellos inviten en el Nombre de ellos. ¿Quiere decir que *todos* son invitados a la comida celestial? Queridos amigos, escuchemos con cuidado. Cuando nosotros escuchamos las palabras del Evangelio, *todos* estamos bajo el llamado *externo*, pues todos hemos oído el mensaje de la muerte y de la salvación, y si no somos salvos, seremos responsables completamente de nuestra propia perdición. Sin embargo, los hijos de Dios reciben una invitación *especial*, en que ellos reciben el llamado *interno*, el cual es obrado por el Espíritu Santo. ¡Qué bendición y que honor es ser invitado por el Señor Mismo a la comida que Él ha preparado!

¡Cómo resplandeció la gracia de Dios en esta mesa donde comieron Jesús y Sus discípulos! Sólo pensemos en cómo ellos Lo habían abandonado y hasta negado; ni uno de ellos había podido velar y orar con Él en el huerto de Getsemaní. Qué bendición más grande que Jesús nunca les habla de lo que ellos *merecieron*, sino de lo que *necesitaron*, y de lo que Él quiere darles en Su gracia infinita. Oh querido hijo de Dios entre nosotros, tanto el más pequeño como el más avanzado en la gracia, te ruego tomar esta historia en cuenta la próxima vez que seas invitado a la Cena del Señor. La pregunta de Moisés y la Ley sería: “¿Qué has merecido?”, pero la pregunta de Señor Jesús es: “¿Qué necesitas? ¿Qué deseas que te dé?” Jesús dice a Pedro, quien Lo había negado, y a todos los Suyos: “*Gustad, y ved que es bueno Jehová*” (Salmos 34:5).

Oh, ¿quién podrá expresar la experiencia de los discípulos cuando se sentaron a comer con Jesús? No creo que hayan comido tanto, pues la presencia de Jesús fue lo que más les satisfizo. Y, ¿saben qué, amigos? Esta comida con Jesús no fue más que una pequeña muestra de lo que experimentarán los hijos de Dios, de los cuales la Biblia nos dice: “*Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero*” (Ap. 19:9).

APLICACIÓN

Queridos amigos, los pastores enviados por Dios también son pescadores de hombres, y se ha echado la red del Evangelio esta mañana también. Es cierto que la palabra de Dios no es predicada en vano; sin embargo, ¿a cuántos pastores no les parece que nunca han pescado nada? ¿Cuándo escuchamos de una conversión verdadera en nuestros días? ¿Cuántas veces escuchamos de alguien que realmente se ha hecho muerto en sí mismo para ser levantado a la vida en Jesús? ¿Dónde están los publicanos que se golpean el pecho, diciendo: “Dios, se propicio a mí, pecador”?

Seguramente hay aquellos que nos dirían que hoy en día están pescando muchos, pero yo temo que este tipo de pescado es hediondo ante el Señor nuestro, pues proviene de una religión sin Dios. Son peces

muertos que flotan donde vaya el corriente del río, y son peces que nunca serían para el beneficio de la Iglesia de Dios. En fin esta clase de pez es el que flota con el corriente hasta la perdición eterna.

Sin embargo, hijo de Dios entre nosotros, ¿en cuál parte de la historia nuestra vives tú? ¿Estás en la noche oscura, en la noche difícil, en la mañana sorprendente, o en el día gozoso? Temo que para muchos es la noche oscura, cuando no se experimenta la presencia bendita de Jesús. Oh, te haré una pregunta: “¿Estás reposando en la obra cumplida de Jesús, o estás confiando todavía en el hecho de que estás pescando?” ¿Dónde está la gracia de los días pasados, amigo mío?

Pronto, hijo de Dios, el Sol de la justicia nacerá, y tú podrás aprender a vivir solamente en Él y Su obra terminada. Será la mañana del nuevo día, cuando nunca más se pondrá el sol y nunca más se pondrá oscuro. Puede ser que hoy tú ves las nubes de la oscuridad, ¡pero detrás de aquellas nubes está Cristo!

Cuando venga Cristo para “sacar la red” por la última vez, se revelará si pertenecemos a Él, habiendo sido pescado en la red de Su Evangelio para vivir a Su honor desde los siglos hasta los siglos.

Amigo mío que aún vive por las cosas de este mundo, te exhorto a pedirle a Dios Su gracia para arrodillarte ante los pies de Jesús. Siempre se fiel en su asistencia donde se echan la red del Evangelio, y ora a Dios que tú seas pescado en esa red, para que seas salvo eternamente.....Amén.